CAPITULO XXVII.

El rey en Gaeta. — Batalla de Volturno. — Conducta brutal del Gobierno de Francisco II.

El ejército del Piamonte, al mando de Cialdini, antiguo compañero de armas de Garibaldi, cruzaba entre tanto la frontera, y despues de haber derrotado á Lamoriciere en diversas acciones, apoderóse de todos los Estados Pontificios, escepto Roma, Civita Vecchia y algunos otros puntos ocupados por los franceses. Esto esplica que se presentáran tan pronto en Volturno las tropas de Cerdeña á fin de cooperar con las del Dictador de las Dos Sicilias.

A principios de Setiembre, hallábase ya ocupando sus posiciones el ejército libertador, cuyas fuerzas aumentaban rápidamente, y el rey, por su parte, organizaba el suyo con mercenarios bávaros, austriacos y suizos, asi como tambien con muchos oficiales y soldados que despues de capitular en Calabria y Basilicata, faltaron á su palabra, alistándose para servir á su soberano otra vez.

El hecho de haber avanzado Cialdini sobre la retaguardia de los napolitanos, tuvo mucha importancia para los dos ejércitos que iban á medir sus armas en Volturno, pues mientras las tropas de Francisco II se vieron precisadas á ocupar una posicion estratégica poco fa-

vorable, los patriotas tuvieron una oportunidad para aumentar sus fuerzas con algunos batallones de infantería veterana, varias piezas de montaña y un regimiento de ingenieros. A pesar de esto, el ejército voluntario era numéricamente inferior al del enemigo; no contaba con suficiente artillería, y no estaba tampoco tan bien disciplinado, por mas que los jefes fueran hombres de reconocida bravura y muy esperimentados en el arte de la guerra.

Los napolitanos, dispuestos en un principio á limitarse á la defensiva, se vieron obligados, contra todo lo que esperaban, á tomar la ofensiva, por el hecho mismo de que el enemigo se fortificaba cada vez mas. Desalojar al ejército de Garibaldi de sus posiciones, llegó á ser una condicion imprescindible para la seguridad de Francisco II y sus partidarios, y de no conseguirse esto muy pronto, podia considerarse como perdida la causa real. Derrotado Garibaldi, y perseguido hasta Nápoles, era probable que abandonase luego esta ciudad, y entonces el rey, una vez dueño de su capital, podia esperar la intervencion diplomática, que aseguraba su restablecimiento en el trono, ó cuando menos, la posesion de sus dominios, prévias ciertas condiciones constitucionales que aceptaria desde luego con el firme propósito de faltar á ellas cuando lo tuviese por conveniente.

Francisco II celebró un consejo de guerra con todos sus generales y los miembros de su familia, y en él se acordó atacar á los garibaldinos el 1.º de Octubre, dia del cumpleaños del rey. Inútil parece decir que los generales, los prelados y todos los partidarios de la causa real, incluso las señoras, pusieron en juego toda su influencia á fin de escitar el entusiasmo de las tropas, sin omitir medio alguno para inducirles á servir con celo y fidelidad la causa del soberano.

En consecuencia de lo dispuesto, 40,000 hombres perfectamente disciplinados, seguidos de una numerosa artillería, fueron á concentrarse entre Cápua y Cajazzo con objeto de atravesar el Volturno: parecia imposible que un ejército como el que mandaba Garibaldi, tan inferior, así en disciplina como en recursos, pudiese pensar en resistirse á un enemigo tan poderoso.

El Dictador organizaba entre tanto en su cuartel general de Caserta todos los medios posibles de defensa, pues aun cuando no sabia cuá-

les eran los planes del rey, sospechaba, no obstante sus intenciones, gracias á su acostumbrada sagacidad.

Cápua, á la vez ciudad y fortaleza, era el cuartel general de Francisco II y ofrecia una posicion muy ventajosa.

Por el lado de la izquierda se halla protegida la ciudad por una cadena de los Abruzos, que se vá estrechando insensiblemente; al estremo opuesto corre el Volturno, que desagua en el mar Tirreno, á lo largo de cuyas orillas se eleva otra cordillera; y desde la falda de las montañas parte un camino, paralelo con el rio, que conduce desde Santa María, por un angosto desfiladero, hasta San Leucio y Caserta, donde se hallaba Garibaldi.

Ese camino toca con la falda del Monte Tifata antes de desembocar en Formicola, y en las pendientes de aquel se halla situado el pintoresco pueblo de San Angelo, punto ocupado por Medici.

En la orilla izquierda del rio hay muchos pasos que conducen á la montaña y por los cuales puede uno acercarse á Ponte de Valle y Madaloni.

La ciudad de Santa María solo dista tres millas de Cápua por el camino de Nápoles, y está situada en una estensa llanura que se estiende desde la falda oriental de las montañas hasta aquella capital.

Contiguo al Volturno corre el canal de Lagna Regii, que pone en comunicacion las ciudades de Aversa y Santa Maria.

Esta breve descripcion bastará para que el lector comprenda mejor los detalles del ataque y la defensa, y desde luego no se le ocultará que un terreno tan accidentado y escabroso, ofrecia muchas dificultades para que avanzára la artillería y caballeria de los napolitanos.

Las posiciones de Garibaldi se hallaban entre San Angelo y Santa María, y allí debia darse la batalla; para romper las líneas del Dictador era preciso que cargasen sobre ellas grandes masas de infanteria protegidas por la artilleria, y al efecto, trasladáronse al punto mas conveniente para el ataque, venciendo grandes dificultades y á costa de un trabajo ímprobo, numerosos cañones de grueso calibre y un considerable material de campaña.

La llave de la posicion de los garibaldinos era San Angelo, en cuyo punto estaba Medici, uno de los gefes mas valerosos y hábiles del

ejército del Dictador, segun ya hemos dicho, y que por su bravura y profundos conocimientos militares, podia rivalizar con el mismo Garibaldi.

La batalla comenzó por una escaramuza en el punto principal de defensa, despues de haber simulado las tropas reales un ataque que no les favoreció para el resultado general. Sin embargo, contaban con tantos elementos, era tanta la superioridad numérica, y de tal modo se habia trabajado para escitar el entusiasmo en el ejército y su celo por la causa real, que al principio alcanzó el enemigo algunas ventajas.

Al fin se empeñó formalmente la batalla, y Medici tuvo que sostener el primer choque: un batallon de granaderos cruzó el rio arrollando á su paso los puestos avanzados de los garibaldinos, y poco despues, viéronse llegar á paso de carga otros regimientos que cayeron como un torrente sobre las trincheras de Medici, apoderándose de ellas en pocos minutos. Los realistas comenzaron entonces á subir por Monte Tifata, destruyeron un reducto construido á la entrada de San Angelo, ocuparon otros que habia mas allá, apesar de la obstinada resistencia del coronel Dune, y por último, acometieron furiosamente el puesto militar de Porta Cápua, defendido por una bateria. Milbitz, que estaba en este punto, rechazó al enemigo con sin igual denuedo, mas no pudo evitar que se apoderase de algunos puestos avanzados despues de destruir algunas trincheras. La brigada Malenchini, estacionada frente á la via férrea, hubo de abandonar este punto, y con dificultad consiguió recobrar el terreno perdido. Así, pues, el enemigo desbarató en muy poco tiempo el ala izquierda y el centro de Garibaldi, sin contar que la estrema derecha, defendida por Bixio, era atacada al mismo tiempo por una cuarta parte de las fuerzas napolitanas.

La situacion no podia ser mas crítica: Garibaldi trazó inmediatamente su plan, trasladóse en el acto á Santa María, y dispuso que las reservas se pusieran en movimiento para defender los puntos mas amenazados. La brigada de Eber recibió órden de marchar en auxilio de Bixio; la division de Turr se dirigió hácia Cápua, y la de Assanti salió apresuradamente en direccion al punto donde mas empeñado era entonces el combate. Adoptadas estas disposiciones, y despues de ha-

ber tomado la precaucion de formar su última reserva con un reducido número de tropas, Garibaldi se encaminó en coche hácia San Angelo, sin saber, seguramente, que el enemigo acababa de pasar por allí, pero no debia tardar en averiguarlo. Poco antes de llegar á su destino, el general y su estado mayor divisaron un batallon de cazadores realistas que les hizo fuego á cincuenta pasos de distancia, siendo el resultado de la descarga caer muerto de un balazo el cochero de Garibaldi y uno de los caballos.

El Dictador y sus bravos compañeros pudieron comprender entonces que se hallaban en un peligro terrible; era probable que todos cayesen prisioneros si querian evitar la muerte, y ya se preparaban para una heróica defensa, cuando apareció casualmente una compañía de las tropas de Medici, que acometiendo á los cazadores napolitanos, dieron tiempo á Garibaldi para ponerse en salvo con su estado mayor.

Aquella fuga fué seguramente uno de los hechos mas providenciales de la historia de nuestro héroe: á no ser por el encuentro con los cazadores napolitanos, el general hubiera seguido adelante, y entonces ya no era posible escapar, pues se habria visto cercado completamente por sus enemigos; el rodeo que tuvo que dar, le condujo á la parte de la ciudad ocupada por Medici, y una vez allí, pudo examinar perfectamente desde las alturas el campo de batalla, dándose cuenta de la situacion de unos y otros; vió que el enemigo ganaba terreno en todos los puntos, que San Angelo podia caer muy pronto en poder de los realistas, y que si no se evitaba esto, la guarnicion, Medici, y todos sus bravos compañeros iban á perecer sin remedio.

Medici, seguia no obstante defendiéndose con la mayor obstinacion, y entre tanto, dispuso Garibaldi que algunas tropas ocuparan una altura que dominaba el camino por donde avanzaban las fuerzas realistas para caer sobre la retaguardia de Medici. Como no esperaban ser atacados por aquel punto, los napolitanos, sorprendidos tan de improviso, se precipitaron en la llanura, y entonces Garibaldi, reunido con Medici, ordenó á sus bravos patriotas que cargasen á la bayoneta. El combate que se siguió fué breve, pero sangriento y decisivo; los napolitanos, que no tardaron en reconocer al famoso general, se

dejaron dominar por el temor que siempre les inspiraba y huyeron, y al fin, despues de cuatro horas de una lucha encarnizada, quedó San Angelo libre de enemigos. ¡Cuántas circustancias casuales habian precedido á este resultado!

En primer lugar, el mejor jefe defendia el punto más peligroso, donde mas arreció la refriega; Garibaldi se libró de la muerte ó de caer prisionero, solo por la oportuna llegada de una compañia de voluntarios cuya presencia no se esperaba; los mismos enemigos le obligaron á separarse del camino que le conducia directamente á un peligro inevitable, y por último, pudo llegar á tiempo á la posicion de mas importancia, donde mayor era el riesgo, para adoptar las medidas que debian asegurar la victoria. No parecia sino que los ángeles guiaban sus pasos y que la Providencia le protegia con un escudo invisible.

Milbitz consiguió fortificarse en Santa Maria de tal modo, que con fuerzas muy inferiores, podia defender aquella parte de la línea, y en prueba de ello, rechazó victoriosamente al enemigo al ser atacado por este. Los napolitanos, que no conocian bien la posicion, acometieron por derecha é izquierda, debilitando así su centro, y entonces, la division Malenchini, á las órdenes de Milbitz, cayó con tan irresistible ímpetu sobre las columnas de ataque, que desbaratadas estas retrocedieron en la mayor confusion, dispersandose luego las tropas en todos sentidos.

Los batallones del ala izquierda del ejército realista, lograron penetrar en la ciudad de Santa Maria, ocupando el espacio que media entre Porta Cápua y el Anfiteatro, pero la compañia de voluntarios que estaba allí, compuesta toda de franceses, se batió con tal denuedo y bravura, que fueron inútiles los esfuerzos de los napolitanos para desalojar á sus enemigos.

Los realistas habian sido rechazados en todos los puntos, mas no perdieron por esto la esperanza de alcanzar al fin la victoria.

El ejército enemigo avanzó por lo tanto otra vez á la vista de su mismo rey, y mandado por Retucci, el primero de sus generales: la bateria de Porta Cápua, que estaba ya en poder de los patriotas, fué atacada furiosamente; las balas y la metralla caian como una lluvia

del cielo, y las cargas á la bayoneta se sucedian unas á otras, pero los intrépidos garibaldinos, como si les protegiera el escudo del arcángel, rechazaron victoriosamente á sus numerosos adversarios, á pesar de sus desesperados esfuerzos.

El polvorin de Porta Capua estalló de repente, destruyendo hombres y fortificaciones, y deseando el enemigo aprovecharse del desastre, precipitóse á través de los escombros y de las llamas para ganar algun terreno, mas todo fué inútil; por espacio de algunos minutos, lucharon los combatientes cuerpo á cuerpo sobre las humeantes ruinas que cubrian el campo de batalla, y convencidos al fin los realistas de que no les seria posible desalojar por entonces á los patriotas, comenzaron á retirarse, no sin sufrir considerables pérdidas y dejar dos piezas de artillería en poder de los vencedores.

Francisco II y Retucci, á quienes dominaba la cólera y el despecho, resolvieron entonces empeñar de nuevo la refriega con todas sus fuerzas, y al efecto, dieron órden de avanzar á todos los regimientos de reserva, mientras que se situaban numerosas baterias á la distancia de 300 metros de Santa María.

Entre la ciudad y la estacion del camino de hierro habia un espacio ocupado por una fuerza de garibaldinos, y contra ellos se destacaron 3000 ginetes para que se apoderasen de la posicion.

Resulta pues, que el enemigo atacó á Santa María con todos los medios de que dispone el arte de la guerra, y con un empeño y una decision dignos de mejor causa. La caballería se lanzó como un huracan sobre las tropas del Dictador, pues los napolitanos parecian resueltos á tomar la revancha de sus descalabros en Sicilia y Calabria; durante algunos momentos reinó una confusion espantosa, y en un principio creyóse dudoso el éxito, pero los cuadros de la esforzada infanteria de Garibaldi parecian de bronce; no era posible romperlos, y despues de repetidas cargas, diezmada la caballeria napolitana, retiróse apresuradamente á Capua.

Los esfuerzos de la artillería y de la infantería no dieron mejor resultado: mientras que la lucha arreciaba en Santa María, Garibaldi, Medici y el coronel Pace, parecian multiplicarse en San Angelo, y merced al eficaz auxilio de las tropas de Asanti, tambien en aquel punto triunfaron los patriotas.

En cuanto á Bixio, tambien le acometieron impetuosamente los realistas en Ponte di Valle, pero á causa de la mala direccion del ataque, alcanzó tales ventajas sobre ellos, que los rechazó en toda la línea, y pudo así destacar una brigada para socorrer á Santa María, sin lo cual es probable que hubiese caido la plaza en poder del enemigo.

El general napolitano aconsejó al rey que se probase otra vez fortuna atacando de nuevo á San Angelo, y ya se estaban tomando las disposiciones al efecto, cuando la aparicion de un cuerpo de tropas por los caminos de Corditello y San Tamaro, hizo desistir de su propósito á Francisco II y Retucci. Estas tropas eran solo algunos destacamentos avanzados procedentes de la línea del canal de Lagui Regü, defendida por el general Corte, y aun cuando este no trataba de hacer demostracion alguna por carecer de medios para ello, maniobró de tal modo, que engañados los jefes enemigos respecto al número de las tropas de aquel y de sus intenciones, comenzaron á vacilar, creyendo que iban á ser atacados á su vez por un nuevo cuerpo de ejército.

Pero Garibaldi no era hombre que dejaba á sus enemigos mucho tiempo para pensar, pues trazado el plan, procedia inmediatamente á la ejecucion, y al ver que los realistas vacilaban, dispuso que avanzasen todas las tropas, á fin de tomar á su vez la ofensiva.

Eber, destacado por Bixio para socorrer á Santa Maria con 200 hombres, fué el primero en atacar: saliendo de Porta Capua, donde tan terrible habia sido la lucha, atravesó rápidamente las líneas napolitanas, mientras que, por órden de Garibaldi, y para distraer la atencion del enemigo, avanzaba otra division al ataque saliendo de San Angelo.

Eber estaba encargado de una mision difícil de llevar á cabo, pues debia apoderarse del convento de capuchinos y del cementerio de Capua, ocupados en aquel momento por la guardia real á las órdenes de Francisco II. Eber tuvo que atravesar por entre una lluvia de balas y metralla, y luego encontró un cuerpo de caballería que le cerraba el paso, pero los húsares húngaros de Garibaldi, cuyo número se reducia á sesenta y nueve, cayeron con tal arrojo sobre sus enemi-

gos, que los dispersaron despues de cogerles los cañones, resultando de aquí que la escasa tropa de Eber, que un momento antes creia imposible llevar á cabo tan difícil empresa, se hizo dueña de aquella importante posicion, en tanto que la guardia real huia á presencia del rey, sin haber sido posible hacerla volver al combate.

No fué necesario que el ejército garibaldino avanzara, pues los napolitanos huyeron en desórden para refugiarse bajo los baluartes de la fortaleza de Capua.

Los voluntarios ingleses que servian en el ejército de Garibaldi se cubrieron de gloria en aquella jornada: el brigadier general Dunne, los coroneles Peard, Dewling y Pacey el mayor Wyndham, se distinguieron no solo por su bravura sino tambien por sus acertadas disposiciones como hábiles estratégicos.

A pesar de esta brillante victoria, el ejército realista consiguió hacer al principio de la batalla numerosos prisioneros, que fueron tratados cruelmente aun cuando se sabia que Garibaldi tenia las mayores consideraciones con los suyos, dejándoles con frecuencia en libertad bajo palabra, y á veces incondicionalmente. La soldadesca napolitana queria degollar á sus prisioneros, pero los oficiales se opusieron resueltamente, persuadidos de que semejante acto daria lugar á sangrientas represalias. Las influencias inglesa y francesa no bastaron para aliviar la suerte de los cautivos, pues fueron encerrados en oscuros calabozos, infectos y sin ventilacion, se les robó sus ropas y dinero, y se les dió un alimento que no podia menos de perjudicar á su salud.

Parece que Loard Palmerston era entonces el coco de los realistas, pues le temian y le odiaban á la vez, renegando de él contínuamente, por lo mismo que era el enemigo mas temible de la causa del despotismo.

No exageramos nada al decir, que entre las naciones civilizadas no hay ejemplo ninguno de que se haya tratado á los prisioneros de guerra ó políticos tan vergonzosa y cuelmente como el tirano de Nápoles; solo podríamos encontrar el simil en los anales de la historia de su predecesor, triste historia de crímenes y atrocidades.

Batalla de Vulturno entre las tropas Napolitanas y los Garibaldinos